

La Esfinge y Edipo

Siempre he creído que la vida es monótona y que el hombre es un animal de costumbres, como suelen decir. Desde que tengo uso de razón he cabalgado, ya no hay sorpresa en ello. He salido de Corinto y voy hacia Tebas. Los caminos se abren en tierras fértiles, puesto que son donde la gente habita. Las tierras pedregosas y secas son de caminos angostos y solitarios. No me molesta cabalgar, sí lo hacen los tontos contratiempos. Acabo de asesinar a un viejo que osó golpearme con su cetro, por no dejarlo pasar con su séquito.

Es una mañana soleada y bella, la luz del sol atraviesa los árboles buscando un camino para llegar a las flores. Las flores se muestran al sol y las aves cantan silbidos que repiten sin cesar. Conduzco a Corinto y me han advertido de los peligros del camino. No me atemorizan, he de morir cuando llegue la hora.

He llegado a un descanso entre el pedregoso camino, el lugar es amplio y plano. Justo en la cima de la colina que da a la ciudad de Tebas, tres grandes piedras permitían a los viajeros descansar sentados, ante un gran abismo. Una vista amplia de la ciudad dejaba ver con claridad los campos de flores, que quedan a la entrada a Tebas. Siempre me han gustado las margaritas y los girasoles, me recuerdan la bella niñez que tuve en los campos de Corinto, y a mi madre a quien le debo quien soy ahora, ella me ha enseñado todo lo que sé.

Escuché pasos y supuse que era alguien acercándose. Eras tú, la esfinge, de quien me habían hablado. Una mujer sabia y bella, condenada por los dioses a proponer acertijos y asesinar a quien no respondiera correctamente. No hay saber de quién te haya respondido correctamente. Preguntaste entonces, sin antes darme oportunidad de poder hablar primero: ¿qué criatura es la que camina a cuatro patas por la mañana, dos piernas a mediodía y tres por la tarde? El hombre, le respondí. Los dos quedamos maravillados, yo con la pregunta y tú con la respuesta. Preguntaste por mí, de inmediato sentí aquella conexión inevitable. No tuve que pensarlo dos veces para afirmar en mí que tú sentías lo mismo. Algo de sentido había llegado a mi vida. Nuestro encuentro no habría podido preverse, la inmensidad del universo ha hecho coincidir a dos extraños, enamorándonos perdidamente. Vaya sentimiento tan enajenado en mí. Supe en ese momento que toda una vida habíamos andado sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos.

El sol se negaba a esconderse dejando rezagos de bellos colores en el cielo. Las flores en los campos de Tebas presumían colores extravagantes ambientando nuestra conversación, la cual se prolongó hasta anochecer. Noté que cada vez tu voz era más triste. Pregunté qué te pasaba. Tus bellos ojos negros me miraban, podía ver en ellos el universo retratado, unos ojos cansados, una mirada que retrataba lo vivido anteriormente. No podía dejar de mirarte.

—La vida de un hombre no dura lo que un suspiro, ¿o no? Edipo. Qué de especial a este día, donde emociones tan tristes se muestran y me hacen repetir aquel terrible pensamiento. Con espíritu abrazo a todos aquellos que donde no existe el tiempo viven. Cantan las aves y el terrible pensamiento se mantiene, tan romanizado que su naturaleza de destrucción es olvidada. Qué de especial a esta vida condenada al sin sentido, a lo absurdo, a la repetición de preguntas sin sentido.

–La vida de un hombre no dura lo que un suspiro. Que tu naturaleza no entienda a la mía hace que el beso apasionado del amor, ahogue la voz de la razón. Podría pensar que mi ser ya no encuentra sentido en su vida, que solo soy un espectador más en aquel mostrenco ser, a quien me refiero posesivamente. Aun siendo este quien dirime a su parecer. Entonces quedaría solo una cuestión: comer este pedazo de pan o entregarme al mar como un río, entregarme a su tempestad porque he sido manso. No hace sentido, yo sé. Busca la satisfacción sin sentido, puedes encontrar espontaneidad en la repetición del castigo otorgado por los dioses. Mira las flores en aquellos campos. Antes de que la vida se nos acabe, las flores volverán a nacer, seamos como ellas -te respondí.

Nos besamos después de esa conversación.

La noche llegaba, la angustia se había apoderado de nosotros. Veía en tus ojos una decisión ya tomada. Me diste un abrazo antes de decirme que tenías mucho sueño. La incertidumbre me estaba consumiendo. Sin embargo, tomaste mi mano y pude entender que comprendías aquel sentimiento que en mí ya habitaba, y en cierta manera supuse que también lo sentías. Miramos aquel cielo de colores tan vívidos, justo antes que anoheciera, mencioné que eran bellos pero ajenos a nosotros. Tú contestaste diciendo: No, siempre han estado allí, así como lo que estamos sintiendo.

La oscuridad de la noche era total, la luna nueva no permitía ver casi nada. Nos acostamos a un lado del camino y dormí profundamente. Cuando abrí los ojos no te pude encontrar en ninguna parte. Supe, en ese momento, lo que había sucedido. Sentí un profundo sentimiento de culpa. No debí quedarme dormido. ¿Pude haber hecho algo?, me cuestionaba. La oscuridad de la noche se iba disipando poco a poco. No he dejado de llorar hasta ahora, he tomado un poco de fuerzas para alistarme, ya que está amaneciendo.

Poco a poco veo el sol salir, la interminable oscuridad ha llegado a su fin. Aun así, veo desvanecer tan bella luz, se desvanece en la oscuridad del no recuerdo, no quiero que te vayas mi amor. Quizás sea así. Tus bellos rezagos aún quedan en mí, soy consciente de ello. No quiero olvidar, mas apremia el futuro. Aun así, amada mía, coincidamos en falaces sueños, que nuestras almas se vuelvan a abrazar y nuestros cuerpos se extrañen. Voy camino a Tebas y espero algún día puedas escuchar esto.